

EL PASEO

Seudónimo: Hestia.

Hoy Fernando y yo caminamos por la montaña. Lo hacemos de la mano, como paseábamos siempre. Me hace mucha ilusión poder enseñarle este lugar, es mi favorito. Hacía mucho tiempo que no venía por aquí. Desde que su enfermedad se agravó comencé a distanciar mis excursiones, dependiendo de cómo se encontrara. Hasta que llegó el día en que ya no pudo quedarse solo y los paseos se redujeron a las calles del Ensanche de Barcelona.

Intenté sacar partido a ese callejear lento por aquel barrio gris. Me paraba frente a los escaparates de las floristerías buscando los colores perdidos. Sentados en un banco jugábamos a buscar figuras en los troncos de los plataneros moteados como trajes de camuflaje. Le dábamos de comer a las palomas, incluso llegaron a anidar en el alféizar de la ventana. Poco a poco aquello también terminó. Fernando volaba a otro lugar y me dejaba sola, mirando el ir y venir de la gente que circulaba con prisas. Eché mucho de menos este lugar.

Hoy por fin he vuelto. Me asombra verlo tan ligero. Sorprendentemente tira de mí como yo había hecho con él. Está muy emocionado, le he hablado tanto de este lugar que estaba deseando conocerlo. Fue aquí donde surgió la inspiración de mi libro. Una novela que escribí sin conocerle y que parecía hablar de él, como si nos hubiésemos conocido antes, en otras vidas.

—Date prisa, quiero llegar a la cima para ver ese paisaje que tantas veces me describiste. Me sentaba frente a él y mientras le daba de comer le hablaba de esas caminatas, de cómo inventé aquella historia. Le describí cada detalle del camino, cada árbol, cada piedra. Pensaba entonces que Fernando no prestaba atención. El párkinson había escarbado en su cerebro adueñándose de él casi por completo, también de su cuerpo que apenas obedecía órdenes. Las manos ya no le permitían llevarse la comida a la boca, ni abrochar sus pantalones. Yo le hablaba. Lo hacía para no pensar en lo que era evidente, Fernando se me escapaba a la vez que lo hacía mi imaginación para contar historias.

—No corras tanto —le digo ante su insistencia a subir deprisa—. Quiero enseñarte otros lugares por el camino.

—¿Y si me los enseña a la vuelta?

—Imposible, bajaremos por la otra cara de la montaña.

Son las cinco de la tarde y el sol, aunque ha empezado a declinar, todavía está alto, por eso escogí la cara norte para subir. Por aquí el bosque es más espeso y los árboles proporcionan algo de frescor. El camino penetra en la montaña con una suave pendiente, más adelante la subida se agudiza.

—Estos son los tres soldados —le digo señalando tres enormes plataneros al pie de lo que fue una riera, ahora completamente seca.

Le cuento que el espíritu del bosque los colocó allí para cuidar de los niños que venían a bañarse. Los niños marcharon, pero los árboles continúan esperando, porque para ellos el tiempo no transcurre como para nosotros.

—Para mí tampoco —me contesta con esa mirada penetrante tan suya.

Vuelve a tener la misma mirada vivaracha de cuando le conocí. Después, el dolor de su cuerpo, de cada articulación, convirtió esa mirada en una mirada triste, melancólica, cubierta por un baño de lágrimas constante. Sus ojos empequeñecieron y las cuencas se le quedaron grandes. A veces, mirándole, pensaba que en cualquier momento aquellos ojos caerían al suelo. Cuando comenzó a tener dificultades para tragar y la boca se llenaba de saliva impidiéndole hablar, aquella mirada fue su mejor medio de comunicación. Las palabras se fueron perdiendo en el olvido de su memoria, también de la mía a fuerza de no usarlas. La casa se llenó de silencios.

—¿Dónde se va por ese camino? —pregunta señalando un sendero cerrado por una cadena.

—A la Peña del Moro. Iremos otro día —le digo arrastrándolo por un sendero estrechísimo, apenas visible desde la pista principal.

Fernando se impregna del olor del romero y el tomillo que nos rozan al pasar. Lo llevo hasta una diminuta balsa que perteneció a una masía ahora en ruinas. Montones de insectos revolotean sobre el agua casi estancada. Abejas, mariposas y libélulas campan a sus anchas, también mosquitos. Fernando siempre atrajo a los mosquitos. Su piel, casi anciana, se volvió muy sensible. Hoy los mosquitos me atacan a mí.

—Será que hueles a romero —le digo al ver que sale ileso del lugar.

Cuando le conocí, Fernando olía bien, muy bien. Me gustaba apoyar mi cara en su pecho y aspirar su aroma. Después fue adquiriendo un olor a viejuno. Yo le bañaba, frotaba su piel tratando de devolverle aquella textura aterciopelada. Fue imposible, la edad, la enfermedad y la tristeza tenían su propio olor. Incluso la habitación se empapó de aquel olor y del olor a orines. Nada conseguía sacarlo y yo desistí de intentarlo.

Seguimos caminando en silencio. Entre nosotros no siempre hacen falta las palabras, nos comunicamos también con pensamientos, igual que hacíamos antes con las miradas. Él siempre sabe lo que estoy pensando, a mí me cuesta más averiguar lo que piensa. Al llegar a una curva le señalo los restos de una raíz que sobresalen de la pared de piedra seca del camino.

—Mira, es la vieja tortuga. El animás más anciano del bosque.

—¡Qué imaginación tienes!

Y que poca tuvo él siempre. Fernando, tan racional, tan pragmático y yo todo lo contrario, siempre imaginando. Cuando su enfermedad me encerró en aquella casa tan oscura, me inventé una especie de juego para sobrellevar la situación. Mientras Fernando dormía, me sentaba frente a un cuadro e imaginaba que atravesaba el lienzo. Viajé a París, al Moulin Rouge. También caminé por la alameda junto al río de aquel cuadro tan parecido al que tuvo mi abuela en el comedor. Bebí de la fuente de piedra de Osona.

Llegamos hasta la ermita. Desde allí, un estrecho sendero nos llevó a la cruz, el punto más alto del pico de Olorda. Nos sentamos a descansar antes de emprender la subida. Fernando no muestra señales de cansancio, quiere continuar. Yo prefiero esperar.

La tarde comienza a declinar y tomamos el sendero. Al fin llegamos a nuestro destino. Una gran cruz de piedra nos da la bienvenida. Desde aquí las vistas son espectaculares. Puede verse el valle del Llobregat, la desembocadura del río, el monte Tibidabo, incluso parte de la ciudad de Barcelona. Estamos al borde de un barranco, sobre la cantera de la vieja cementera. Fernando se queda observando en silencio y entonces, como si todo aquello le perteneciera me dice:

—Todo esto te daré si vienes conmigo.

Miro hacia abajo, la caída es espectacular. Ahora miro a Fernando. Sé que no es él quien habla, Fernando nunca me pediría eso. Sé que la mente me traiciona en estos momentos de duelo y que soy yo la que quisiera estar junto a él, pero a este lado, no el suyo. Antes lo dijo, para él el tiempo no corre igual que para mí. Podrá esperarme, igual que los soldados, los viejos plataneros esperan a los niños a los pies de la riera seca. También yo me secaré y entonces iré con Fernando para siempre. Mientras tanto tendrá que esperar.